

LA INMIGRACION HAITIANA Y EL
COMPONENTE RACISTA DE LA CULTU
RA DOMINICANA (APUNTES PARA UNA
CRITICA A "LA ISLA AL REVES")

CARLOS DORE CABRAL

La inmigración haitiana ha provocado un número importante de fenómenos culturales en la República Dominicana. La mayoría velada por una suerte de misterio o de prohibición o de negación o de desconocimiento para la generalidad de los dominicanos. La segregación de una población residente y de sus descendientes dominicanos, el bilingüismo por socialización estrictamente familiar, el encasillamiento de trabajadores rurales, que es tan común en Centro y Sur América, el pago en artículos industrializados, zapatos, lámparas, a los "echa-días" en zonas fronterizas, el trabajador migrante temporal y sistemático de una a otra región dentro del país, son sólo algunos ejemplos de los muchos que nuestra experiencia de campo del último año nos ha permitido identificar y estudiar y sobre los cuales podríamos elaborar nuestras reflexiones acerca del tema que se nos asignó.

Pero circunstancias que no es del caso señalar, nos aconsejan que lo más prudente es fijar la atención en la magia de la inmigración haitiana para hacer manifiesto el acendrado prejuicio anti-negro latente en la cultura dominicana.

Ponencia leída en el Seminario sobre "La Penetración Cultural".
INTEC, julio 1984.

Los dominicanos, salvo excepciones, dicen y escriben que en su país no se anida menoscenso alguno por los hombres en razón del color de su piel.

Sin embargo, esos mismos dominicanos, con las mismas excepciones, son quienes consideran a los inmigrantes haitianos inferiores en virtud de que la mayoría es negra.

Esa actitud puede entenderse resultado de las relaciones históricas conflictivas entre las dos naciones y no producto de un prejuicio racial por lo demás difícil de comprender en una población predominantemente mulata y negra.

Es que ese conjunto de juicios populares y de juicios seudocientíficos que atribuye a características dermo-somáticas las deficiencias reales o supuestas de una población o de parte de ella, si bien se utiliza mayormente y con más libertad contra los nacionales del vecino país, alcanza universalidad y toca a todas las mujeres y hombres negros o de color.

¿Qué facilita que exista esa conciencia colectiva en un país donde estas dos últimas categorías raciales son las más abundantes?

El hecho de que ellas sólo son mayoritarias desde el punto de vista biológico. En términos socioculturales en la República Dominicana no existen negros ni mulatos, todos o casi todos se consideran "índios" o blancos.

El primero es un color de la piel creado aquí como forma de rechazo a la condición de negro o de mulato. En él caben todas las matizaciones de estos dos, siendo tantas que desbordan las más de cuarenta recogidas por Marvin Harris en Brasil durante la década del 60. "Indio" es un mecanismo que permite, mediante el juego "más-claro más-oscuro", nunca llamarse ni sentirse negro, pues el más negro de todos los dominicanos siempre se considera "indio" frente al haitiano.

Y este es un indicador definitivo del predominio de una ideología racista entre los dominicanos. Si se resisten a considerarse oficiosa u oficialmente negros o mulatos es porque vinculan formas de pensar, sentir o actuar real o supuestamente negativas a esas pigmentaciones de la piel y piensan y sienten de verdad que el llamarse "índios" los hace diferentes a "aquellos", que finalmente son quienes habitan en la parte oeste de la isla.

En esta ocasión no vamos a demostrar, apelando al documento histórico o al refranero popular o a la producción literaria, que la ideología dominante en el país está impregnada de un profundo prejuicio

antinegro. Esa labor ha sido bien y sobradamente realizada por Walter Cordero (1975), Roberto Cassá (1976) y José Alcántara Almánzar (1983). Tampoco nos detendremos a explicar cómo las características específicas de la esclavitud en el llamado Santo Domingo español, condicionadas a su vez por la singular estructura económica de la colonia, dio forma tan peculiar a nuestro problema racial; no lo haremos tampoco con el papel que jugaron y juegan en ese fenómeno los conflictos históricos entre los dos países que comparten la isla, ni con el hecho de que ese comportamiento de los dominicanos les impide alcanzar su verdadera identidad cultural, pues esos temas los hemos discutido anteriormente (1979).

Haremos provecho de esta oportunidad para, básicamente, responder a una pregunta que quienes tratamos este tema en el país acostumbramos a no enfrentar: ¿Tienen o no fundamento científico los juicios que terminan tipificando y jerarquizando las razas y que son los que sirven de sustento a las ideologías racistas? Además, mostraremos cómo quienes pretenden que nuestra "estirpe" es puramente indígena y española tergiversan totalmente la historia y, finalmente, señalarémos cómo sin un cambio de actitud del dominicano frente al problema de las categorías raciales que pueblan la isla no habrá posibilidad de una convivencia libre de tensiones entre haitianos y dominicanos.

El libro *La isla al revés* sirve plenamente para cumplir estos objetivos. Ha sido escrito por el doctor Joaquín Balaguer, reputado como uno de los hombres de letras más doctos del país. Es la más reciente exposición de los juicios populares acerca del problema en cuestión sobre unas bases pretendidamente científicas e históricas. Es un político con influencia no despreciable, lo cual le da significación a sus propuestas de solución al asunto haitiano-dominicano.

Empecemos.

En términos de la ciencia y de la historia el de Balaguer es un libro del pasado.

Es una perogrullada decir que la ciencia y que la historia son, entre otras muchas cosas, acumulación permanente de conocimientos, y que el valor de los juicios que sostengamos está en gran medida avalado por las fuentes que nos sirvan de guías en nuestra búsqueda y en nuestra elaboración.

Una revisión reflexiva de la bibliografía utilizada en "La isla al revés", nos indica que es un texto imbuido de ideas decimonónicas.

De los 60 textos que la componen, 25 se editaron antes del siglo XX, 20 antes de 1950, 2 antes de 1960, 3 antes de 1970, 4 antes de 1980 y 6 carecen de fecha.

Como sabemos, la fecha de edición que aparece en una bibliografía, no es necesariamente aquella en que se escribió o se publicó por primera vez el texto. Así tenemos que entre los 4 libros fechados en la década del 70, 3 seguramente se editaron por primera vez con mucha anterioridad: la historia de Dorsainvil de 1924, los ensayos de etnología de Price Mars en 1928 y los de Metraux en 1958.

Igual sucede con la generalidad de los trabajos utilizados para elaborar sus ideas y si no cansáramos podríamos demostrar que más de la mitad se hizo antes de 1900 y la casi totalidad no más acá de la tercera década de este siglo.

Tenía que ser así y no por incapacidad del doctor Balaguer para actualizar sus conocimientos, sino porque sus prejuicios hechos ideología sólo encuentran asideros en trabajos de carácter científico superados y totalmente descalificados a principios de este siglo.

Después que Tschermer, Correns y De Vries redescubrieron y difundieron a partir de 1900 los hallazgos que logra Mendel en 1865 y que más o menos en la misma época Frank Boas da inicio a las investigaciones que crean la escuela del particularismo histórico y del relativismo cultural, las concepciones racistas pierden la base científica que durante el siglo XIX le dieron la biología y la antropología, las cuales se revolucionan y posibilitan establecer sin ningún género de dudas que la herencia racial no es una combinación de características y que no hay relación causal entre raza, lenguaje, cultura y rendimiento intelectual (Comas, 1967: 54 y sgts.; Dunn y Dobzhansky, 1975: 49 y sgts.; Spuhler, 1975: 104 y sgts.; Harris, 1975: 100).

Los juicios que el doctor Balaguer externa en un libro fechado y aparentemente escrito en 1983, comenzaron a ser refutados por la moderna biología de las razas o genética humana y por los descubrimientos de la Antropología Física y la Antropología Social, desde el inicio de este siglo y desde mediado del mismo se les considera prácticamente sepultados por esas disciplinas y por otras como la Sicología y la Sociología.

En su obra son recurrentes los de herencia a través de la sangre, los de razas puras u homogéneas, los de características sicosociales propias de la condición racial, los de degeneración somática, los de adulteración racial, los de instintos raciales, los de orígenes raciales hispanos, etcétera.

Algunas frases del libro y sus comentarios ilustran más directa y claramente al respecto.

En la página 209 dice que "aunque en Santo Domingo no se manifiesta, en el mismo grado que en Haití, esa afición a la magia, no pue de negarse que en la mayoría de los dominicanos existe también un fondo supersticioso que no puede explicarse sino como la presencia en nuestra sangre de rasgos característicos del primitivismo de la raza africana".

Antes, en la página 55, había dicho, citando a Pittard, un antropólogo del siglo pasado que no fue traducido y publicado en español hasta 1905, que "cuando dos poblaciones de lenguas y de nombres diferentes, pero de origen étnico semejante, se fusionan, italianos y franceses de la raza mediterránea, escandinavos y alemanes de la raza nórdica, por ejemplo, no hay peligro en cuanto a la herencia de uno y otro grupo".

Y agrega a seguidas que "puede creerse que la influencia de la sangre de los blancos sería la regeneración social de ciertas razas consideradas como inferiores; pero, se mide, por otra parte, la influencia sobre la historia del fenómeno inverso, la introducción de sangre extranjera en nuestra sangre, imponiéndole sus cualidades propias, neutralizando las nuestras o haciéndolas desviar".

En primer lugar, desde que se conocieron los experimentos de Mendel y los cálculos de Hardy y Weinberg se sabe que la herencia no se transmite a través de la sangre, como un fluido que es posible de combinar y diluir, sino como resultado de partículas independientes denominadas genes, que es lo que da lugar a que genéticamente los seres humanos sean diferentes unos de otros aun aquellos que son hermanos.

No hay sangre blanca, negra, amarilla, sino 4 tipos diferentes que se conocen como A, B, 0 y AB y que pueden poseerlas indistintamente personas de diferentes colores de piel. Asimismo, argumento famoso contra la teoría sanguínea de la herencia, como no todos los tipos son compatibles en un momento dado, a un blanco de tipo 0 no le convendría recibir sangre, mezclarla, con blancos de tipos A, B y AB pues moriría y sí lo podría hacer sin ningún problema con la de negros de tipos 0 (Dunn y Dobzhansky, 1975: 139-140 y Comas, 1967:92).

En segundo lugar, precisamente este hecho impide hablar de razas homogéneas o puras y del peligro de determinados tipos de mestizaje.

Al respecto, y refiriéndose precisamente a la fuerza que tiene en la mentalidad popular la idea de razas puras u homogéneas nórdica, alpina y mediterránea, Dunn y Dobzhansky dicen que tales nociones, sin embargo, están definitivamente refutadas por datos científicos. La

mezcla de razas se ha realizado desde el comienzo de la historia. La prueba indiscutible, derivada del estudio de los restos humanos fósiles, nos muestran que, aun en la prehistoria, en la alborada de la humanidad, se realizó (a lo menos ocasionalmente) la mezcla de diferentes estirpes; la humanidad ha sido siempre, y es aún, un grupo de mestizos" (1975:132).

Las ideas del doctor Balaguer con respecto a una supuesta degeneración somática y adulteración racial a que nos expone el contacto con los negros provenientes de Haití, son refutadas por esas afirmaciones y por otras tan importantes como las del biólogo Bentlley Glass de que "las razas del *Homo sapiens*, ya las agrupemos en unas cuantas, ya las dividamos en muchas, tienen un claro origen geográfico. No hay prueba alguna de aislamiento genético entre ellas. Los descendientes de emparejamientos interraciales resultan satisfactorios, por no decir superiores, en vigor y fertilidad.

En otras partes de su texto el doctor Balaguer emite esos criterios: "El contacto con el negro ha contribuido, sin ningún género deudas, a relajar nuestras costumbres públicas" (pág. 45).

Más adelante asegura que "el inmigrante haitiano ha sido también en Santo Domingo un generador de pereza. La raza etiopica es por naturaleza indolente..." (pág. 52).

En esta parte en que se atribuye al negro un comportamiento intrínseco a su condición racial e inferior al de otras poblaciones, es mucho y desde hace mucho que antropólogos y sicólogos, apoyados en múltiples experimentos, vienen diciendo que tal afirmación carece de validez científica y que, por el contrario, el medio sociocultural donde se desenvuelven los individuos juega un papel decisivo en su comportamiento (Scott: 1972; 75; Fried: 1972; 139; Katz: 1972; 149; Marshall: 1972; 177; Harris: 1975: 100-101).

Pero el doctor Balaguer ignora lo que la experiencia científica de casi un siglo ha logrado en ese plano y que Harris sintetiza así: "el rasgo característico de la común opinión moderna respecto de la relación entre raza y cultura es que el ritmo y la orientación del cambio cultural entre los diversos grupos de la especie *Homo sapiens* no se ven afectados de modo importante por peculiaridades genéticas...", y el autor dominicano desconoce esta verdad de su siglo, y prefiere recurrir a la primera de las clasificaciones que se entiende con intención científica, la del naturalista sueco Linneo, que en 1738 dividió la especie humana en 4 variedades, coincidiendo lo que afirmaba sobre el afer (africanos o etiopes), que eran "astutos, lentos, negligentes; gobernados por caprichos", con las características que él le atribuye al inmigrante haitiano en la última frase que citamos de *La Isla al Revés*.

Si considera al negro con tales taras de carácter intrínseco, es normal que trate de librarse a la Nación dominicana de ellos, lo cual lo lleva a hablar reiteradamente de, citamos, "nuestro origen racial y nuestra tradición de pueblo hispánico" (pág. 45).

En este caso no vamos a discutir el problema racial ya situado en su justo lugar, sino la cuestión histórica, pues tal afirmación con lleva que en la constitución de lo hoy dominicano no participaron más que españoles o, al menos, que no tomaron parte los negros.

Hasta esa desproporción llega el doctor Balaguer cuando asegura que "la extinción de la raza indígena debió dar lugar a que la población de Santo Domingo fuera constituida íntegramente por familias oriundas de Europa, especialmente españoles y franceses. Antes del Tratado de Basilea (1795), la población de la colonia estaba formada por la flor de las familias que habían emigrado a América, atraídas por la sed del oro o por el misterio fascinante de las expediciones lejanas. Pero la cesión de la colonia a Francia, crimen inicuo del privado Manuel Godoy, llenó la parte española de la isla de esclavos africanos..." (pp. 59-60).

¿Es preciso mostrar la magnitud de esa tergiversación de una historia que todos ustedes conocen?

¿No es un error de bulto, evidente y de fácil demostración pretender que el negro, el africano, llega al país vía Francia, después de 1795?

Estudiosos del tema entienden que "los esclavos negros, ladinos y bozales, empezaron a llegar a la Española desde los inicios mismos de su descubrimiento y conquista" (Deive: 1980: 599).

Para otro la importación de negros a la isla data de 1518 (Moya Pons, 1977: 32); y él nos cuenta cómo desde muy temprano la población negra fue muy superior a la blanca: nos dice que ya en 1546, Melchor Castro asegura que los primeros eran 12 mil contra 5 mil de los segundos (1977: 34). Es verdad que también nos narra cómo las epidemias periódicas diezmaban esa población africana y de origen africano, pero por más que murieran, que eso pasaba también con los españoles, el negro se encuentra en el origen racial y en la tradición cultural del país, por más que esto se trate de ocultar con planteos históricos tan burdos como el del doctor Balaguer y con creaciones de categorías raciales como la de "indio".

En la parte final del libro, llena de aspectos contradictorios con algunos de las dos primeras, que el tiempo nos impide tratar, se

plantean soluciones armónicas de convivencia con los haitianos que no lograrán el más mínimo acercamiento entre ambos pueblos.

Mientras los dominicanos, salvo excepciones, sigan considerando a los haitianos como inferiores por razones intrínsecas, insuperables, como es el color de la piel, cualquier propuesta de esta parte tendrá un sentido no igualitario, al contrario, será de los superiores a los inferiores y esa supuesta diferencia será eterna, pues quienes la plantean consideran que obedece a características adscriptas y no adquiridas.

El primer paso para un acercamiento franco y duradero entre haitianos y dominicanos, debe ser el abandono de actitudes basadas en criterios raciales carentes totalmente de fundamento científico y reñido con el más elemental sentido de humanidad.

REFERENCIAS

- Alcántara Almánzar, José. *Charla sobre el negro en la literatura dominicana dictada en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Florida en Gainsville*, 1984.
- Cassá, Roberto. "El racismo en la ideología de la clase dominante dominicana". *Ciencia*, III (1), 1976, Santo Domingo.
- Comas, Juan. *Unidad y variedad en la especie humana*. México: Unam, 1967.
- Cordero, Walter. "El tema negro y la discriminación racial en la República Dominicana". *Ciencia*, II (1), 1975, Santo Domingo.
- Deive, Carlos Esteban. *La esclavitud del negro en Santo Domingo*. Santo Domingo: Taller, 1980.
- Dore Cabral, Carlos. "Reflexiones sobre la identidad cultural del Caribe: el caso dominicano". *Casa*, XX (118), 1980, Habana.
- Dunn, L. E. y Dobzhansky, Th. *Herencia, raza y sociedad*. México: FCE, 1967.
- Fried, Merton H. "Necesidad de acabar con la investigación pseudocientífica de la raza". En: Mead, M. et al, *Ciencia y concepto de raza*. Barcelona: Fontanella, 1972.
- Harris, Marvin. "La Raza". En: *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Tomo IX. Madrid: Aguilar, 1975.

- Katz, Irwin. "Algunos determinantes motivacionales de las diferencias raciales en el rendimiento intelectual". En: Mead et al. *Ciencia y concepto de raza*. Barcelona: Fontanella, 1972.
- Marshall, Gloria A. "Clasificaciones raciales populares y científicas. En: Mead et al, *Ciencia y concepto de raza*. Barcelona: Fontanella, 1972.
- Moya Pons, Frank. *Manual de Historia Dominicana*. Santiago: UCMM, 1977.
- Scott. "Comentarios". En: Mead et al. *Ciencia y concepto de raza*. Barcelona : Fontanella, 1972.
- Spuhler, J. N. "Genética y Raza". En: *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. Tomo V. Madrid: Aguilar, 1975.